

Rebeca Sanmartín Bastida y María Victoria Curto Hernández (2019): *El Libro de la oración de María Santo Domingo. Estudio y edición*, Iberoamericana Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 190 pp.

Una ya fecunda trayectoria de años e importantes publicaciones al respecto avalan a la profesora de la Universidad Complutense de Madrid, Rebeca Sanmartín Bastida, en su estudio acerca de un fenómeno tan fascinante como complejo: el de la espiritualidad femenina en la Baja Edad Media e inicios del Renacimiento, ámbito en el que lleva años encadenando con abundantes frutos proyectos de I+D especializados en la materia. En esta ocasión, en unión de la poliédrica María Victoria Curto (que une a su formación como filóloga facetas que, siendo tan enriquecedoras en su complementariedad como la música y las artes escénicas, sin embargo, con demasiada poca frecuencia se encuentran fértilmente unidas e imbricadas) ofrece un documento tan valioso en diversos sentidos como es el *Libro de la oración*, de la profetisa y terciaria dominica María de Santo Domingo. Coherentemente, el «Prólogo» de la obra corresponde a un representante de la Orden de Predicadores, que, habiendo superado ya no pocos debates internos y opiniones contradictorias en torno a la conocida como «Beata de Piedrahíta», la reivindica ahora como representante significativa en el mundo de la espiritualidad dominica. Así pues, Javier Carballo, Presidente de la Facultad de Teología San Esteban, de Salamanca, elogia la ocasión de recuperar para el mundo académico y el lector actual una obra reveladora como el *Libro de la oración*, que «contribuye a resaltar el valor de la mística española del siglo XVI, no sólo reivindicando su figura y el lugar que le corresponde, sino también abriendo una nueva perspectiva de interpretación» (p. 11).

«Santa viva» —siguiendo la terminología ya clásica consagrada por Gabriella Zarri—, visionaria y tocada por el don carismático de la profecía,

señalada por unos estigmas y una experiencia gozosa del matrimonio místico que parecerían asimilarla aún más a un modelo de santidad tan difundido y propulsado por el Cardenal Cisneros como el de Santa Catalina de Siena (que aparece evocada, por otro lado, con tanta frecuencia en su *Libro de la oración*), María de Santo Domingo fue, además, una activa viajera con intenciones reformistas (como una suerte casi de Santa Teresa de Jesús *avant la lettre*) y un punto de referencia y autoridad para notables personajes de la Corte y para parte del mundo eclesial de su época. Sin embargo, fue acusada de comportamientos extravagantes, de egolatría, de fraude e incluso de conducta lasciva. Pero lo cierto es que no se puede perder de vista que la espiritualidad de las mujeres ha sido sometida tradicionalmente a severa vigilancia, a represión y a escrutinio, condenadas como estaban a un papel por completo subordinado en el seno de la Iglesia. Y desgraciadamente con no poca frecuencia la ortodoxia oficial ha condenado al ostracismo, a la irrelevancia, o a la categoría de «trastornada», «irracional», o «loca» a aquellas mujeres que, de alguna manera, se separaban de la norma. Elevar la voz por encima del discurso establecido conllevaba a menudo la reprobación. Pues si, como consagrará lapidariamente fray Luis de León tan sólo algunos años después de la muerte de María de Santo Domingo en su ‘best seller’ *La perfecta casada*, la Naturaleza, y Dios, habrían creado a la mujer «para que, encerradas, guardasen la casa», y «así las obligó a que cerrasen la boca», ser andariega y levantar la voz se considerará una intolerable transgresión para las féminas, que se pagará con castigos que van desde la desautorización y el cuestionamiento a la desaparición física de sus obras, e incluso, en los casos más extremos, a la desaparición física de la propia autora, como en el caso de la francesa Marguerite Porete.

La valiente mística francesa de los siglos XIII-XIV murió en la hoguera; sin embargo, afortunadamente, se salvó su hermoso texto *El espejo de las almas simples*. Hermoso igualmente, sin duda alguna, se puede considerar el *Libro de la oración*, de María de Santo Domingo, si no amenazada por el fuego condenador sí condenada, en buena medida, al cuestionamiento y la crítica en vida, y al silenciamiento durante demasiado tiempo después de muerta, tras haber sido degradada de ilustre profetisa, valorada en la Corte por sus dones y carismas, a simple «persona de vida virtuosa en el siglo siguiente a su muerte» (p. 39), como bien explica Rebeca Sanmartín. Por eso, sin duda alguna, esta que comentamos ahora es una inestimable aportación, puesto que constituye nada menos que el «primer impreso místico de una mujer castellana» (p. 57), aunque por desgracia no se puede atribuir a la pluma de la propia María, sino que se debe a una mano anónima que transcribió cuanto escuchaba (procedimiento con distintas modalidades, por otro lado, en absoluto extraño en el ámbito de la espiritualidad femenina, pues incluso la propia Hildegarda

de Bingen, inspiradísima visionaria y figura fundamental del monacato femenino, dictó sus libros a un escribiente).

El *Libro de la oración* constituye, además, una bellísima muestra de escritura mística, con un marcado «tono emocional» (p. 66) y pasajes de un extremado lirismo, que logran, sin duda, conmover, y que explican en buena medida el éxito fulgurante que María de Santo Domingo tuvo entre personalidades de la alta sociedad. Llama la atención del lector contemporáneo un uso del diminutivo en -ico/ica, con evidente matiz afectivo, curiosamente muy similar al que se encontrará algún tiempo después en el propio san Juan de la Cruz. Así la «palomica» y la «tortolica» —presente ya, por otro lado, en el viejo romance tradicional de «Fontefrida»— («La blanca palomica/ al arca con el ramo se ha tornado,/y ya la tortolica...»), o el «pastorcico» de su poema «Un pastorcico, solo, está penado...», encuentran sus semejantes en las palabras que proclamara ya algunas décadas antes María de Santo Domingo: «Ved cómo va a la ventanica mirando si viene la hermosa y fresca mañana» (p. 152). Igualmente una lectura actual evoca reminiscencias sanjuanistas en el reiterado empleo del término «Desseado» para designar a Jesucristo, a ese Amado cuya presencia/ausente se anhela con ardiente fervor, al igual que la Esposa en el «Cántico espiritual» manifiesta con vehemencia su deseo de contemplar «los ojos deseados/ que tengo en mis entrañas dibujados».

El muy documentado y valioso estudio introductorio que acompaña a esta edición anotada del *Libro de la oración* se presenta firmado por ambas editoras, si bien en nota a pie de página se especifica de qué parte se ha ocupado cada una. Así corresponde a Rebeca Sanmartín la precisa contextualización biográfica e histórica acerca de María de Santo Domingo, lo que comprende las dudas y controversias que generó su figura, y los procesos a que fue sometida, incluyendo varios interesantes documentos gráficos, del archivo documental de la propia investigadora. Así mismo, la profesora Sanmartín Bastida presta atención a un llamativo fenómeno, como es la retórica de las lágrimas, de efusión muy abundante en las *puestas en escena* de María de Santo Domingo, y que, según la distinta perspectiva desde la que se miraran podrían resultar un signo que corroborara la santidad, o, por el contrario, un demérito que arrojara la sombra de la sospecha. En este sentido, y en cuanto a una realidad obvia —la consideración social del llanto como fenómeno cultural e histórico— pero que con frecuencia no resulta tenido en cuenta, se puede recordar lo pertinente de ensayos como *El llanto. Historia cultural de las lágrimas*, de Tom Lutz (Madrid, Taurus, 2001).

Por su parte, María Victoria Curto Hernández dedica en el estudio introductorio un sustancioso capítulo al lenguaje musical, de gran importancia en el *Libro de la oración*, y más significativo todavía en cuanto a la configuración de un modelo de santidad si se tiene en cuenta, por ejemplo, que muchos de

los éxtasis experimentados y descritos por Hildegarda de Bingen unos siglos atrás iban acompañados de música, y que ésta fue fundamental para la «Sibila del Rin», que concebía, de hecho, el canto, como una de las más genuinas manifestaciones del espíritu de Dios en el ser humano

En el año 1996, y casi por casualidad, llegó a mis manos un librito de pequeño formato (apenas 14x11 cm.) titulado *Mujeres místicas. Época medieval*, de Thierry Gosset (Palma de Mallorca, José J. de Olañeta editor, 1996). Se trataba de una antología que incluía una selección de textos y una breve biografía de algunas místicas medievales, como la ya citada Hildegarda, Clara de Asís, Mechtilde de Magdeburgo, Margarita Porete, etc. La lectura de aquel *breviario* me impactó, sin duda, pero durante mucho tiempo no pude sino lamentar que en esa fascinante nómina de místicas y visionarias medievales no se incluyera ninguna de ámbito español. Sin embargo, nos podemos considerar muy afortunados, puesto que la historiografía literaria de las últimas décadas ha propiciado avances sustanciales en los estudios actuales sobre ese fascinante fenómeno, sacando a la luz toda una serie de nombres y de textos valiosos, como es el caso de María de Santo Domingo y su *Libro de la oración*.

Amelina Correa Ramón